

# DOMINGO YNDURÁIN

(1943-2003)

CUANDO el 20 de abril de 1997 pronunció Domingo Ynduráin su Discurso de ingreso en la Real Academia Española sobre *El descubrimiento de la literatura en el Renacimiento español*, Francisco Rico, aprovechando una paráfrasis de Tertuliano acuñada por Jaime Gil de Biedma, lo definió en su respuesta como un alma “naturalmente literaria”. En efecto, su vocación filológica había germinado en un medio familiar marcado por la extraordinaria cultura humanística de su padre, don Francisco Ynduráin, cuyo magisterio universitario se distinguía por el interés de apertura a la literatura viva, no sólo la española sino la de otras lenguas occidentales, la inglesa y la francesa sobre todo. A ello se añadió el privilegio de contar Domingo Ynduráin, en los años zaragozanos del bachillerato, con el magisterio de José Manuel Blecua Teijeiro, quien tanto tuvo que ver, como ellos mismos reconocieron siempre, con la vocación y formación filológica de Fernando Lázaro, Manuel Alvar, Félix Monge y otros, a su vez discípulos universitarios del Ynduráin senior.

Si este iba a abrir a su hijo los horizontes de la inserción de la literatura en la vida y en la cultura de occidente, Blecua lo iniciaba en el rigor de la literalidad del texto. Con ese doble impulso llegó nuestro llorado compañero a cursar la especialidad de Filología Románica en la Universidad Complutense, donde, abierto a variados estímulos, eligió, sobre todos, el magisterio de don Rafael Lapesa, que lo guió hasta conseguir el doctorado.

Mientras preparaba su tesis doctoral, sintió la necesidad de conocer de manera directa otros ámbitos universitarios europeos. Así, de 1966 a 1972 fue lector de español en la universidad de Zürich, y en los cursos 1970-1971 y 1971-1972 enseñó como profesor extraordinario en las universidades de Lausana y Lovaina. Poco tiempo después se reincorporó a la universidad española: de 1975 a 1981, como Pro-

fesor agregado de Literatura Española en la Universidad Complutense, y posteriormente, como catedrático de la misma materia en la Universidad Autónoma de Madrid.

En su currículum universitario ocupa también un largo e importante capítulo el trabajo en la “Universidad Menéndez Pelayo”: profesor, primero, muchos años, y, sucesivamente, Secretario General y Vicerrector. En expansión natural de su actividad universitaria, fue miembro del Consejo asesor de la editorial Cátedra y de los consejos de redacción de varias revistas, así como director literario de la Biblioteca Castro, en la que impulsó ambiciosos proyectos de edición de clásicos. A su específico interés de estudio del teatro, al que enseguida habré de referirme, se debió su nombramiento de asesor del Consejo de teatro del Ministerio de Cultura, y a su buen conocimiento del mundo universitario y de sus problemas, la designación como representante de las Cortes españolas en el Consejo de Universidades.

Siguiendo la tradición de la escuela filológica hispánica, en su estudio de la literatura quiso ser Domingo Ynduráin lo que se llama un generalista. Siempre entendió que la especialización cerrada, esto es, la que se ciñe a un autor y aun a un libro, es algo que en definitiva deforma la visión y resulta inevitablemente empobrecedor. De ahí que él se moviera en sus estudios a lo largo de los siglos, de Berceo a Baroja o Vargas Llosa, y a lo ancho de los géneros literarios: escribió sobre poesía, sobre novela, sobre teatro, sobre ensayo y otros subgéneros análogos. Y generalista fue también en el planteamiento de los estudios.

En la base de todos estaba su sólido conocimiento de las distintas vías que se abren ante el filólogo. Las analizó de manera sistemática y crítica en su *Introducción a la metodología literaria* y fue explorándolas con libertad hasta lograr una síntesis personal que caracteriza a todos sus estudios de madurez. La nómina de sus primeros artículos —los publicados, digamos, entre 1964 y 1971—, dentro de la apertura a que antes me he referido, nos descubre los sustratos de ese modo de hacer que lleva un sello personal. Patente la preocupación por la literalidad de los textos en dos artículos sobre autógrafos de

Zorrilla, y la atención a otras literaturas en una nota sobre la presencia de un cuento de Pedro. Antonio de Alarcón en E. Goncourt, se descubre la solidez de la cimentación filológica en el estudio de un verso garcilasiano —“«De verdes sauces hay una espesura». Anteposición de complemento con *de*”—, a la par que se abre camino la que será una preocupación permanente de Domingo Ynduráin: el estudio de la teoría de la novela, que, partiendo de Cervantes —“Rinconete y Cortadillo, de entremés a novela”—, llega a la investigación de la “Teoría de la novela en Baroja”.

Preparaba al mismo tiempo en esos años el que iba a ser su primer libro: *Análisis formal de la poesía de Espronceda* (1971). Se había acercado a él, según me confesaría más tarde, tratando de entender las contradicciones del Romanticismo español y de valorar hasta qué punto había condicionado la peculiar evolución en la modernidad literaria española. Le interesaba la técnica, que diseccionó con rigor, pero terminó por desilusionarle la figura: “Espronceda era un señorito”, decía entre fastidiado y despectivo. Volvería, sin embargo, a él para estudiarle como novelista y para ofrecernos también una cuidada edición de sus poesías (1983).

Para entonces —quiero decir para cuando publicó el estudio formal del romántico— ya había Domingo Ynduráin sintonizado con uno de los tres autores que, junto a Cervantes, centrarían su atención intelectual y, más allá de eso, lo marcarían de manera sucesiva y acumulativa en su quehacer filológico. Hablo de Antonio Machado, de Calderón y de San Juan de la Cruz. En la línea de su interés por los textos, publicó en 1972 una edición del manuscrito de *Los Complementarios* y tres años más tarde, en 1975, un estudio de las *Ideas recurrentes en Antonio Machado*. No se ofrecía allí un mero catálogo sino el esbozo de un sistema, construido a fuerza de lecturas y relecturas, que muestra la trabada coherencia de la creación machadiana. Fue esa relación familiar la que marcó en adelante los estudios de nuestro llorado compañero con una impronta que Santos Sanz Villanueva calificaba certeramente de ‘regeneracionista’: literatura para la vida; la literatura como instrumento de regeneración espiritual del pueblo.

Desde esa perspectiva podría preguntarse, por ejemplo, en un artículo “Novela contemporánea, ¿nuestra realidad ausente?” (1987), denunciando las actitudes evasionistas, o afrontar en un horizonte de tradición el tema de “La vida como libro” (1995).

A Ynduráin le gustaba tener siempre en el telar un par de trabajos de épocas diversas, para leer a los clásicos antiguos con una mirada actualizada y para, de modo inverso, ver la literatura actual con perspectiva de tradición. Así que casi el tiempo que trabajaba en Antonio Machado afrontó también el estudio de Calderón. De 1973 es su excelente edición, ya también clásica, de *El gran teatro del mundo* que abriría camino a las de *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea*, ambas de 1989. En ellas resulta fácil apreciar cómo le deslumbraba la formidable arquitectura ideológica en cuyos espacios su buen conocimiento de las controversias filosóficas y teológicas del Barroco español hacía brillar los contrastes de luces y sombras en el pensamiento y en la vida, de las que la escena era, en definitiva, trasunto. Jugando con un título calderoniano, explicó en un amplio artículo de 1975, “El Gran Teatro de Calderón y el Mundo del siglo XVII”, cómo la compleja dialéctica de pensamiento no era un recamado sobrepuesto a la vida real de los españoles de aquel momento sino el armazón vertebrador de ella en su organización política y en la evolución de la vida ciudadana: ciudad temporal y ciudad de Dios estrechamente imbricadas. No se trataba para Ynduráin de un capítulo histórico pasado sino de algo que desde las raíces históricas se proyecta sobre la España contemporánea.

Preocupado por reformar la vigencia del teatro clásico en nuestros días, participó por ello activamente en las controversias sobre el modo de representación y los montajes actuales de piezas de aquella época. En la revista *Primer acto* fueron así apareciendo sus reseñas críticas de los montajes que Lluís Pascual y José Luis Gómez hicieron de *La hija del aire* y de *La vida es sueño*, respectivamente. Asiduo de las *Jornadas de teatro clásico de Almagro*, sentó allí cátedra sobre la necesidad de maridar fidelidad al texto y presentación moderna, vertiendo el vino viejo en odres nuevos, y advirtiendo —para decirlo con el título de

uno de sus artículos— que “No todo el teatro es texto” y de que a la puesta en escena corresponde traducir la actualidad de lo escrito hace siglos. Poniendo distinto énfasis, según los casos, en cada uno de los elementos, en los estudios de Domingo Ynduráin sobre teatro clásico, y en concreto sobre el calderoniano, se conjugan siempre de este modo historia, ideología, literatura y representación escénica. Como profesor, lamentaba con frecuencia la dificultad que los universitarios de hoy tienen para asimilar esa concentración por falta de la formación que el catecismo y la liturgia tradicional facilitaban a generaciones anteriores: ‘son paganos’, resumía con tanta gracia como acierto. Debo añadir en este punto que su interés por el teatro no se ciñe a los clásicos. Con esa misma pauta metodológica, estudió a Valle Inclán y a Mihura, a nuestro Fernán Gómez, a Domingo Miras y a Alonso de Santos.

De pronto, al filo de 1980 se encontró con San Juan de la Cruz. Iba a decir, tal fue su deslumbramiento, que se le apareció. ‘Un pensamiento del hombre vale más que todo el mundo’, había dicho el carmelita. Domingo se encerró con él en su celda y fue de pensamiento en pensamiento, de metáfora en metáfora, de alegoría en símbolo, tratando de seguir el vuelo de altanería de mística estética de aquel fraile castellano. ‘La mística en gran parte es filológica’, había sentenciado, sin exagerar ni un ápice en ese punto, don Miguel de Unamuno. Con fervor de novicio, con rigor de maestro, Domingo Ynduráin escarbaba en las raíces bíblicas, patrísticas, teológicas y literarias de cada verso. Y encadenando las lecturas parciales —muchas veces forzosamente desconectadas entre sí, como Fray Luis de León decía de los versos del *Cantar de los cantares*, por el ímpetu desbordado de la pasión amorosa—, construyó después una lectura propia del *Cántico espiritual*, que fue creciendo a lo largo de los años, en sucesivas aproximaciones a la poesía y a la prosa sanjuanistas. Me atrevería a decir que ese conjunto de estudios es lo más sobresaliente del trabajo de Ynduráin.

Machado, Calderón, San Juan. Aunque también Quevedo y *El Buscón* o el *Lazarillo*. Pero sobre todo, Cervantes.

Con el estudio antes citado sobre *Rinconete y Cortadillo* había comenzado, siendo muy joven, una reflexión sobre la teoría de la novela, que iría desarrollándose y contrastándose en las ediciones de obras de Valera, Pereda y Clarín (1983), de Galdós el mismo año, y poco más tarde del conjunto de las *Novelas contemporáneas* galdosianas que publicó en seis volúmenes de la Fundación Castro. Cervantes suponía, sin embargo, más. Era el centro de llegada de un proceso de abandono 'del sueño (o pesadilla, según se mire) de la cultura antigua como realidad recuperable' y del descubrimiento del espacio de libertad de la literatura.

Estudió Domingo Ynduráin ese tema en un libro denso, *Humanismo y Renacimiento en España* (1994), que completó en su Discurso de ingreso en esta casa. A su juicio, ya en tiempos de Petrarca se detectan reservas en el campo de la interpretación de las leyes, y el descrédito de la autoridad de lo antiguo se generaliza a partir del siglo XV. Si en la Edad Media a Berceo le bastaba que algo estuviera escrito para considerarlo verdadero, a los humanistas les parecía suficiente que estuviera consignado en un buen latín. Pero nuestro compañero recuerda oportuno cómo Juan del Encina, peregrino en Jerusalén, mostraba ya su desconfianza de las viejas historias y se atenía a la realidad. 'Pequeña ciudad es Jerusalén, / a lo que parece, que dos mil vecinos / no creo que tenga, y aun harto mezquinos, / no gente de guerra ni de ningún bien. / Ni vemos vestigios que muestras nos den / del tiempo pasado, de muy grand ciudad'.

A la vez y en un proceso paralelo, se va cuestionando la necesidad de que la literatura sirva para la edificación de las lecturas y se afianza poco a poco frente a la poética de lo verosímil una poética de la inverosimilitud, en la que se fundamenta y desarrolla el *Quijote*. La gran novela cervantina, en palabras de Ynduráin, 'crea un ámbito específico para la literatura que, al mismo tiempo, es y no es verdadera, se sitúa entre la realidad y el sueño'. De ahí, concluía, arranca el camino que lleva a Tolstoi, a Dickens y Dostoyevski, a Galdós o a Valle Inclán.

Como cerrando el círculo de sus peregrinaciones intelectuales primeras, volvió en uno de sus últimos libros, *Del clasicismo al 98* (2000),

a considerar las líneas maestras de la peculiar evolución de la modernidad literaria en España, al tiempo que su vocación de generalista le llevaba a ofrecer en *Las querellas del buen amor* (2001) una lectura de Juan Ruiz.

Hasta ahí, el Domingo Ynduráin filólogo, a quien, por lo dicho, puede aplicársele con toda justicia el elogio bíblico: ‘consumatus in brevi, explevit tempora multa’. Y lo mismo cabe decir del académico, ya que también en un tiempo dolorosamente breve llenó muchos espacios para el recuerdo. No es este el momento para abrir las esclusas de la memoria. Sí el de dejar constancia de los valores con que, en su actuación, enriqueció él, tan preocupado por la fidelidad a la tradición académica, la tradición misma.

Era la Navidad de 1998. Exactamente el día de San Esteban protomártir. Elegido yo director de la Academia poco tiempo antes, habíamos pensado todos que nadie mejor que él podría hacerse cargo de la Secretaría, y, aunque ya entonces andaba de médicos con diagnósticos desorientados, comenzamos ambos a preparar oficiosamente el relevo. Ese día veintiséis de diciembre, con el estoicismo de que iba a dar crecientes muestras hasta su muerte, me llamó por teléfono y me dijo: ‘Lo siento, tendréis que pensar en otro secretario; acaban de descubrirme un cáncer de pulmón’. Le aseguré que no querría la Academia otro secretario que él, y así lo refrendó la Corporación al comenzar 1999.

Militante a favor de la vida, se incorporó al trabajo cuando apenas había recuperado la voz, y todos fuimos viviendo, en una de las más hermosas muestras de lo que en esta Casa es norma y hábito de compañerismo, la ilusión de la esperanza contra todo pronóstico adverso. Se entregó él a las tareas académicas en cuerpo y alma, procurando, ante todo, como acabo de apuntar, fomentar en todos los órdenes, desde el tenor de las definiciones del DRAE a la modulación de nuestra relación con la sociedad, la fidelidad al espíritu propio, base —y en ello insistía de continuo— de la ‘auctoritas’ de la Academia.

Fue reelegido Secretario en diciembre de 2002. Sobrellevaba con tal elegancia el calvario de la enfermedad, que llegó a hacernos creer que

su progresivo deterioro físico no se correspondía con la realidad de su estado de salud. El mal avanzaba, sin embargo, silencioso e implacable. En el Pleno del veinte de marzo de 2003 no logró terminar la lectura del acta. En la Comisión delegada del miércoles siguiente, evocó Emilio Lledó aquella conmovedora escena del Canto XXIV de la *Iliada* en la que Príamo se decide a ir a solicitar a Aquiles el cadáver de su hijo Héctor. Al ver a Aquiles se admira el Dardánida de su pres-tancia física, de su hermosa calidad de espíritu: el *cuánto* y el *cuál*, glosaba Lledó, añadiendo que toda la escena representaba de modo admirable el nacimiento de la ética.

Pesaba en el ambiente de la reunión como una sombra premonit-oria la ausencia de Domingo Ynduráin. Por ello apliqué de inme-diato las palabras de la *Iliada* al amigo que a esa hora ya luchaba a brazo partido con la muerte: ‘De hierro es tu corazón’, le dijo Aquiles al viejo Príamo en aquel encuentro. Así era el de Chomin. Comenzó la Academia el Pleno del jueves 27 de marzo en medio de un silencio sobrecogedor. Minutos antes, su admirable esposa me había transmi-tido personalmente el encargo del Secretario de que, pasara lo que pasara, no alteráramos en nada los planes de trabajo: ‘como mandan los cánones’, había añadido Domingo. Era como un trasunto del testamento regeneracionista de Giner de los Ríos recogido por su admirado don Antonio Machado: ‘hacedme un duelo de labores y esperanzas’. Intentamos cumplirlo. Discutíamos, una vez más, sobre acentuaciones etimológicas y antietimológicas cuando llegó la noti-cia. No fue posible continuar. Era necesario que, acalladas las voces, completara nuestra tarea el ejemplo de un alma ‘naturalmente litera-ria y naturalmente académica’.